

Misa Solemne de Todos los Santos en las representaciones Extraordinarias del Misteri d' Elx

1 de Noviembre de 2014, Basílica de Santa María Elx

En la solemnidad singular de Todos los Santos, revivimos las representaciones extraordinarias del Misteri d'Elx, la representación maravillosa de la Asunción de la Virgen María en cuerpo y alma al cielo.

Todos los santos, todos los redimidos por Jesucristo, formamos una comunión, una unidad: Cuerpo místico de Cristo, la Iglesia Santa en la que María es el miembro más excelso, la primera glorificada solemnemente por su Hijo.

Por esta profunda unidad, nosotros debemos sentirnos cercanos a todos los santos que, antes que nosotros, han creído todo aquello que nosotros creemos, esperado aquello que nosotros esperamos, sufrido aquello que nosotros sufrimos. Son nuestros hermanos. Y sus tesoros de santidad son bienes de familia.

Por esta misteriosa y profunda comunión, los santos y especialmente María, Nuestra Señora, están afortunadamente presentes, y mucho, en el camino de nuestras vidas.

Entre aquellos que son de Cristo, hay una persona que es “de Cristo” de un modo único e irrepetible: su Madre. Para esta criatura, Cristo no ha esperado a su venida final para unirla plenamente a su gloria; lo ha hecho enseguida; no ha permitido que su cuerpo conociera la corrupción, sino que la ha llevado plenamente junto a sí, asumiéndola en su gloria. Es esta una convicción de fe que Elche celebra cada quince de agosto con toda la Iglesia en la fiesta antiquísima, transformándose en más solemne, si cabe, cuando el 1 de noviembre de 1950 Pío XII declaraba la Asunción de la Bienaventurada Virgen María dogma de fe católica. En el día de hoy, 1 de Noviembre también, cobra marco adecuado y especial celebrar esta verdad de nuestra fe, así como sentir, tal como afirmábamos, la comunión, la cercanía de amor de todos los Santos y ante todo de Santa María, Madre de Dios y Madre nuestra.

Las lecturas bíblicas que hemos escuchado pueden ayudarnos y adentrarnos en la profunda belleza de la verdad de fe que hoy celebramos.

Así es un llamativo contraste el que existe entre la primera lectura y el Evangelio. En el texto del Apocalipsis, se nos introduce en la Jerusalén celestial, poblada de gente que “ha pasado a través de la gran tribulación y han lavado sus propios vestidos en la Sangre del Cordero” y ahora canta el cántico de la victoria y la alabanza.

Cuando de esta visión de gloria pasamos a la lectura evangélica, advertimos un clima totalmente distinto. También aquí se habla de “bienaventurados”, pero de bienaventurados que están en la pobreza, en la aflicción, que tienen hambre y sed, que son perseguidos a causa de la justicia y que lloran. Estas son las bienaventuranzas de la Iglesia peregrina, aún en camino; a ella el Señor le señala “la senda estrecha que conduce a la vida” (Mt 7,14). Es nuestra Iglesia y, por eso, Cristo nos habla a nosotros.

¿Cuál es la diferencia entre nosotros y Santa María al frente y junto a todos los santos que celebramos? Ellos son bienaventurados ya en su estado, nosotros sólo en la esperanza. En la segunda lectura, sin embargo, S. Juan nos recuerda una verdad consoladora: “Carísimos, nosotros somos ya, desde ahora, hijos de Dios, aunque no se ha revelado aún aquello que seremos...”

Nosotros somos ya aquello que un día seremos. Lo esencial está ya en nosotros, el reino de los cielos ya ha comenzado, somos hijos por el Bautismo, pero... atentos... hay que acoger tan gran don, colaborar con la gracia, atender a obrar “con temor y temblor” a favor de nuestra salvación, a “hacer el bien mientras tengamos tiempo” (Gal.6, 9).

Tenemos ante nuestros ojos el decidir qué queremos hacer: si inhibirnos ante tanta crisis, ante nuestras obligaciones, si dejar pasar el tiempo, o utilizarlo como el mayor de los talentos. “Caminad mientras tenéis luz” (Jon 12,35), nos dice el Señor: caminad, obrad el bien, mientras tenéis tiempo.

Mientras tanto, la comunión eucarística en la que nos disponemos a participar ahora, realiza una anticipación de nuestra entrada en la Jerusalén celestial y una comunión más estrecha con María y todos los santos. Bienaventurados aquellos entre nosotros –y esperemos que seamos todos– que sean invitados y sentados en aquella otra Cena del Señor: aquella en la que Él se dará a sus elegidos, sin más velos, ni símbolos, sino “cara a cara”. Tal como María, desde su Asunción, vive para siempre en su gloria. Así sea.

+ Jesús Murgui Soriano
Obispo de Orihuela-Alicante